
LIBRO

PLINIO APULEYO MENDOZA, CARLOS ALBERTO MONTANER
Y ÁLVARO VARGAS LLOSA:

MANUAL DEL PERFECTO IDIOTA LATINOAMERICANO

(Barcelona: Editorial Atlántida, 1996, 318 páginas)

“MANUAL DEL PERFECTO IDIOTA LATINOAMERICANO”

Hermógenes Pérez de Arce

I

Primeras impresiones

Tomamos el libro. El título despierta sensaciones encontradas: interesa, pero incomoda. Antes de haber leído la primera línea, y siendo latinoamericanos, nos preguntamos, explicablemente inquietos, si quedaremos incluidos entre los destinatarios de este “Manual”. Tras leer el prólogo y hojear el texto, sospechamos, con alivio, que no. Pero la incomodidad no desaparece. Todavía podríamos resultar siendo “idiotas imperfectos”.

Además, aunque “ellos”, los destinatarios, estén tan visiblemente equivocados, no por eso, reflexionamos, se les debiera tildar de “idiotas”. Vivimos tiempos de tolerancia, respeto y consenso. Pero, claro, gran parte del interés que despierta el título deriva precisamente del calificativo insultante. ¡Qué hacerle! Es la única manera de mejorar el “rating” en estos tiempos.

HERMÓGENES PÉREZ DE ARCE. Abogado y periodista. Ex diputado y director de *La Segunda* entre 1977-1980. Columnista de *El Mercurio* de Santiago desde 1962.

El prologuista, Mario Vargas Llosa, padre de uno de los autores, nos informa que la obra reedita un estilo de rancia prosapia. Pues, nos dice, “pertenecer a una riquísima tradición, que tuvo sus maestros en un Pascal y un Voltaire, y que, en el mundo contemporáneo, continuaron un Sartre, un Camus y un Revel: la del panfleto”.

Eso nos permite sentirnos ya un poco menos incómodos. También en Chile hemos tenido ilustres panfletarios: José Joaquín de Mora, desde luego, contra los conservadores de 1830 y, en particular, contra Portales. Y éste, a su vez, no lo hizo mal, en “El Hambriento”.

Y hacia el final de la lectura nos alivia adicionalmente el epílogo: un “Index Expurgatorius”. Allí los autores reúnen las idioteces latinoamericanas cumbres, las acreedoras al bronce. Y entre las mismas, sorprendentemente, pero, para los bien informados, no tanto, los encontremos a ellos mismos, a todos, con el insigne presentador-prologuista incluido, oficiando de “perfectos idiotas”. En efecto, aparecen citados Plinio Apuleyo Mendoza, en 1971, propiciando la revolución socialista en América; Carlos Alberto Montaner pronosticando, en 1959, tras el ascenso de Fidel Castro, que a Cuba le espera un futuro de libertad y prosperidad “como la Isla nunca ha conocido”; Álvaro Vargas Llosa manifestando frente a la Casa Blanca, en 1984, y coreando: “US out of El Salvador! US out of El Salvador!”; y su padre, el prologuista y presentador, el mismísimo Mario, profetizando, en 1967, con entera certidumbre: “Dentro de diez, veinte o cincuenta años habrá llegado a todos nuestros países, como ahora a Cuba, la hora de la justicia social y América Latina entera se habrá emancipado del imperio que la saquea, de las castas que la explotan, de las fuerzas que hoy la ofenden y la reprimen”.

En realidad, casi podría decirse, en esta proclama del Vargas Llosa “de antes” está magistralmente sintetizado el credo del “perfecto idiota latinoamericano”.

Claro, ahora nos explicamos: los conversos suelen cargar las tintas.

II

Familia y genealogía

En el capítulo “Retrato de familia” encontramos al ejemplar típico del “perfecto idiota latinoamericano”: es quien cree que los culpables de los problemas de nuestras naciones son “la burguesía y el imperialismo” y que somos pobres porque “ellos” son ricos. Su obligada y reiterada lectura es la vulgata marxista, suministradora de una explicación fácil y total del mundo

y de la historia. Está convencido de que Cuba ha sido y sigue siendo el paradigma social y de que sí hay un nuevo “fantasma que recorre el mundo”, pero a éste se le debe temer: se llama neoliberalismo.

Proviene este personaje, se nos dice, de modestas clases medias y guarda algunos resentimientos. Hace carrera política y busca el amparo de algún partido con opción de poder, en lo posible afiliado a una internacional socialista o, si el individuo es de estirpe conservadora, vinculado de alguna manera a la doctrina social de la Iglesia. Pues anhela ser visto como un hombre “con conciencia social”.

“No es un hombre de grandes disciplinas intelectuales, aunque en sus discursos haga frecuentes citas de Neruda, Vallejo o Rubén Darío y use palabras como telúrico, simbiosis, sinergia, programático y coyuntural”.

En seguida, “no le parece impugnable gestionar o recibir becas o subsidios de funcionarios o universidades norteamericanas, puesto que gracias a ellas puede, desde las entrañas mismas del monstruo imperialista, denunciar en libros, ensayos y conferencias el papel neocolonialista que cumplen no sólo los Chicago Boys o los economistas de Harvard, sino también personajes tales como el Pato Donald, el teniente Columbo o Alexis Carrington”.

Y, en fin, en su árbol genealógico están los autores de sueños revolucionarios del siglo pasado o de comienzos del presente, como el chileno Francisco Bilbao, el uruguayo José Enrique Rodó, el argentino José Ingenieros y el peruano José Carlos Mariátegui. Ellos, entre otros, labraron las bases de la teoría que sindicó al imperialismo como uno de los grandes responsables de todos nuestros males.

Pero la verdadera Biblia del “perfecto idiota” es más actual: *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano, escrita a fines de 1970. Ahí está el continente víctima, desangrado por los monstruos de la historia.

III

La simiente intelectual

El libro de Galeano encabeza, en efecto, la lista de “las diez obras que conmovieron al perfecto idiota”, a las cuales el texto comentado dedica un capítulo completo. Vale la pena hacer un breve recuento de las demás:

1) *La historia me absolverá*, de Fidel Castro (1953). Su título, según van las cosas, puede no resultar profético. Un autor ha comentado que Castro habría debido emplear mejor la expresión “me absorberá”. Es el

alegato de cinco horas del revolucionario ante la justicia batistiana, convertido en literatura y dotado de citas cultas por el ensayista Jorge Mañach.

2) *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon (1961). Médico negro, nacido en la Martinica, de refinada cultura francesa, Fanon escribe este verdadero evangelio antioccidental, inspirado en una mixtura explosiva de las ideas de Marx y Freud.

3) *La guerra de guerrillas*, de Ernesto “Che” Guevara (1960). El autor, en sus desempeños como ministro de Industrias de Cuba, “mostró tanta abnegación como incapacidad”. No en vano, entonces, quienes se han ceñido estrictamente a este manual de la guerrilla han corrido una suerte parecida a la de su autor.

4) *¿Revolución dentro de la revolución?*, de Régis Debray (1967). Mediante este texto el conocido *dilettante* francés de la insurgencia logra transmitir con éxito parte de su confusión a sus émulos latinoamericanos.

5) *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, de Marta Harnecker (1969). La escritora izquierdista chilena, casada con Manuel Piñero, director de las operaciones cubanas de subversión en el hemisferio, acredita mediante este opúsculo que cumplió la proeza de leer *El capital*. Su mérito reside en haberlo podido explicar con brevedad, si bien en forma superficial. Ella es a Marx lo que Debray a la revolución.

6) *El hombre-unidimensional*, de Herbert Marcuse (1964). Feroz crítica a la sociedad industrial avanzada. A diferencia de la de Fanon, esta diatriba surge de la entraña misma del capitalismo. El filósofo alemán, en efecto, residía en los Estados Unidos y enseñaba en universidades de ese país. Reformula el marxismo, dado, afirma con desconsuelo, que “el pueblo ya no es el fermento del cambio social y se ha convertido en el fermento de la cohesión social”.

7) *Para leer al Pato Donald*, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart (1972). En ninguna antología de la idiotez podría faltar esta contribución de los dos izquierdistas chilenos. Nos revelan cómo Disney desliza subliminalmente en nuestras pobres intelectualidades desprevenidas el oculto mensaje imperial-capitalista. “Como era de esperar, una tontería de ese calibre tenía por fuerza que convertirse en un best-seller en América Latina”.

8) *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Fernando Enrique Cardoso y Enzo Faletto (1969). El actual presidente del Brasil puede encontrar en este libro todas las razones por las cuales no debería hacer lo que está haciendo, en particular frente a la inversión extranjera.

9) *Hacia una teología de la liberación*, del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez (1971). Una cita textual de su contenido lo dice todo: “Únicamente una quiebra radical del presente estado de cosas, una transformación profunda

del sistema de propiedad, el acceso al poder de la clase explotada, una revolución social que rompa con esa dependencia, pueden permitir el paso a una sociedad distinta, a una sociedad socialista”. El tema está profundizado en el capítulo “El fusil y la sotana”, de la obra que comentamos.

IV

“La culpa es de ellos”

Pero la *bête noir*, para “el perfecto idiota”, es el capital extranjero. Somos pobres por culpa de los países ricos. Apuleyo, Montaner y Vargas dedican su capítulo más extenso a destruir este mito. Argumentos no les faltan.

Pues resulta que los hechos no cuadran con el mito. Ese viene siendo, en último término, en este tema como en otros, el gran problema del “perfecto idiota latinoamericano”.

¿Cómo podría explicarse que la pobreza y la miseria se debieran al ingreso del capital extranjero si, sumando y restando, resultó que la fuga de capitales desde América Latina fue hasta 1989 más cuantiosa que el ingreso a ella de capitales extranjeros? En ese año, precisamente, sumó 28 mil millones de dólares. ¿No será que la pobreza deriva del éxodo y la falta de esos capitales, y no de su presencia?

Obviamente, algunos mentores de nuestro “perfecto idiota”, entre ellos el propio Cardoso, parecen hoy día pensarlo así.

Y resulta que en 1994 la situación se había revertido, y 50 mil millones de dólares de capital extranjero afluían a nuestra región.

¿Y cómo puede ser que se nos esté esquilmando, y que “el deterioro de los términos de intercambio”, supuesta herramienta favorita de los poderosos para concretar el abuso, se hayan traducido en que la región haya exportado en 1991 a los Estados Unidos 73 mil millones de dólares, e importado sólo 70 mil millones de allá?

¿Y fueron producto de la “explotación por parte de los países ricos” los 250 mil millones de dólares que Venezuela recibió por concepto de sus exportaciones de petróleo? ¿Quiénes han hecho desaparecer ese ingente aporte? A este propósito, resulta irresistible reproducir la cita de uno de los mentores del “perfecto idiota”, el ex presidente venezolano Carlos Andrés Pérez: “Si me ven rico, llámenme ladrón”.

¿Y el subsidio de cien mil millones de dólares recibido por Cuba de la Unión Soviética a lo largo de tres décadas? ¿Qué se hizo? Tampoco puede resistirse la tentación de reproducir el pronóstico genial del “Che”

Guevara en 1961, al anunciar las nuevas políticas económicas de la Cuba socialista y sus resultados previsibles: “¿Qué piensa tener Cuba en el año 1980? Pues un ingreso neto per cápita de unos tres mil dólares. Más que Estados Unidos”. Todo un profeta.

Pasan las páginas y nos vamos reconciliando con el título del libro. Sobre todo con algunas de sus frases del capítulo inicial, que nos parecieron exageradas, como: “Lo malo no está en haber sido idiotas, sino en seguir siéndolo”. Especialmente cuando un Fidel Castro, sediento ahora de inversiones extranjeras, llega a la cumbre del cinismo en 1990: “Señores empresarios, yo los invito a invertir en Cuba. Después de todo, lo peor que les puede pasar aquí ya pasó: que el país se vuelva comunista”.

V

Los mitos van cayendo

Los argumentos vienen en catarata. Chile sale a la palestra con frecuencia, en el carácter de principal exponente del éxito del modelo de libertad económica, privatización y apertura al exterior.

El gran mito cubano, que “el perfecto idiota” y sus mentores intentan mantener redivivo, queda malparado ante las cifras y al ser confrontado con las realidades. El lugar común de “salud y educación”, como los logros castristas que permiten soslayar los tremendos problemas económicos y de falta de libertad de la isla, queda desprovisto de verdad cuando se demuestra que otras naciones del hemisferio, sin pagar esos costos, avanzan aceleradamente en el tema sanitario y educacional.

Y los autores se preguntan, desde luego, si es una “educación” deseable la que está constreñida a la enseñanza dogmática de una sola ideología; vigilada y limitada para no abandonar los rígidos cánones impuestos desde el gobierno.

En cuanto a los logros en salud, se han convertido en una broma de mal gusto: la población cubana hoy día, sufriende de avitaminosis y neuritis óptica, debidas a la pobreza de la alimentación; hospitales carentes de los elementos quirúrgicos esenciales, por un lado, mientras, por otro, y en un rasgo típico de la asignación irracional de recursos propia de la planificación socialista, cuenta con un médico por cada 225 habitantes, mientras Dinamarca, por ejemplo, modelo de sistema de salud exitoso, tiene uno por cada 450.

Siguen cayendo mitos, como el de las supuestas mejorías introducidas en aspectos sociales por el castro-comunismo: la Cuba precastrista

mostraba índices comparables a los mejores de América Latina en los más variados aspectos sociales. Vaya de muestra un botón: en 1959 la ingesta diaria de calorías de sus habitantes superaba en un diez por ciento el requerimiento mínimo de 2.500, propuesto por la FAO.

Caído el mito cubano, las comparaciones resultan casi crueles. Por ejemplo, con la cercana Puerto Rico, que ha seguido un camino inverso al que cualquier “perfecto idiota” habría estimado aceptable: en 1959, cuando comenzó la revolución en Cuba, ambos países tenían aproximadamente el mismo ingreso per cápita. “Treinta y siete años más tarde los puertorriqueños tienen diez veces el per cápita de los cubanos”. Pero no: hay que execrar de los Estados Unidos. Por eso los autores reiteran: “Todo idiota latinoamericano tiene que ser antiyanqui, o —de lo contrario— será clasificado como un falso idiota o un idiota imperfecto”.

En fin, su sueño de un “hombre nuevo”, en cierto modo, se ha cumplido, pero tal vez no como él hubiera querido. El “hombre nuevo” existe, reconocen los autores: “Es un cubano con neuritis óptica y cuerpo de gato famélico, flotando en una balsa a la deriva. Es un peruano que, tras la inyección vitamínica del socialismo de Alan García, ve su tamaño encogerse en cinco centímetros. Es un mexicano con la espalda mojada por el Río Grande, tan patriota que corre hacia Texas en pos de la tierra que a mediados del siglo pasado los gringos arrebataron a México... La revolución y el socialismo latinoamericano han producido un hombre nuevo”.

La obra es, en síntesis, una cantera de antecedentes, argumentos, datos y referencias que conducen inequívocamente a la misma conclusión a que, en buenas cuentas, ha llegado “todo el mundo”, por decirlo de alguna manera hiperbólica, siguiendo la tónica de este “Manual”.

El mérito está en la sistematizada aproximación a cada uno de los temas inspiradores del discurso del “perfecto idiota latinoamericano”; y en la discusión metódica de los fundamentos del mismo, con el ulterior propósito de desvirtuarlos, que resulta objetivamente bien logrado.

Lo mismo pudo haber sido expuesto en un tono más ponderado y académico, pero los autores han preferido cargar los matices y recurrir a la mordacidad —a ratos inmisericorde— quizás para ponerse a la altura de muchas de las obras inspiradoras del destinatario del Manual y de las afirmaciones que este espécimen suele lanzar con característica estridencia y a los cuatro vientos.

De cualquier modo, y para todos, una lectura que informa en aspectos múltiples y obliga, más que invita, a reflexionar. □